

ba como una fortuna recibir dinero sin que él tuviese conocimiento de ello, y lo distribuía al punto en diferentes sumas, con las que hacía varios paquetes envueltos con cuidado para repartirlos á los pobres; y de esta suerte dió un día hasta cuatrocientos florines.

A pesar de esta extrema pobreza, el santo Obispo sabía ser espléndido cuando lo creía conveniente para el honor de su ministerio y la gloria de Dios; y varias veces recibió á grandes señores con tanta distincion, que se admiraban cómo, con tan poca fortuna, podía hacer tantas magnificencias. Entonces admitía en su casa de un modo pasajero las tapicerías, las vajillas de plata y otros muebles de lujo; pero en medio de todo eso, no disminuía nada de su espíritu de pobreza, mirando todo este lujo como lodo, y haciendo el mismo aprecio de los platos de plata que si fueran de barro (1).

CAPITULO XVI.

Su mortificacion.

La necesidad de la mortificacion para ser virtuoso ha sido reconocida hasta por los mismos paganos, uno de los cuales tenia por máxima: privarse y sufrir; *abstine et sustine*. Pero la doctrina del Evangelio y la unción de la gracia la hicieron sentir mejor aún al santo Obispo de Ginebra. «Es preciso morir, decia, para que Dios viva en nosotros; porque es imposible llegar á la union de nuestra alma con Dios por otro camino que el de la mortificacion. »Estas palabras *¡es preciso morir!* son duras, pero serán seguidas de una gran dulzura, porque no se muere á sí mismo sino con el fin de unirse á Dios por medio de esta muerte (2). Es preciso morir á todo otro amor para no

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. VIII, sec. VIII.

(2) Conferencia sobre la pretension religiosa, p. 373.

»vivir mas que al de Jesus, á fin de no morir eternamente (1). ¡Dios mio! bien quisiera morir por mi Salvador, »pero si no puedo morir por Él, que al menos viva para »Él solo (2). Es preciso vivir en este mundo, decia, como »si tuviéramos el alma en el cielo y el cuerpo en la sepultura. La oracion sin la mortificacion es un alma sin cuerpo, así como la mortificacion sin la oracion es un cuerpo »sin alma.» (3)

Conformando su conducta con este lenguaje, Francisco de Sales empezó por mortificar su cuerpo. Como lo consideraba un esclavo que se rebela cuando se le halaga y se condesciende con sus deseos, jamás concedía á sus sentidos la menor delicadeza ó superfluidad.

Se limitaba en todo á lo estrictamente necesario; era para él un trabajo ir á tomar su alimento; y muchas veces si no le hubieran instado, lo hubiera olvidado por completo. Ayunaba frecuentemente; y aun se puede decir que su vida era un ayuno continuo, pues tan poco era lo que comía en cada comida; y hubo algunos años en los que, salvo una lijera colacion que le llevaban por la noche á su cuarto, no hacía mas que una comida al día, encontrando en eso la doble ventaja de mortificarse y aprovechar mas el tiempo para su vasta correspondencia é inmensos trabajos (4).

No estaba sujeto á ninguna mortificacion particular, y queria mejor suprimir á veces alguna que hacer ostentacion de ella. Habiendo ido á visitarlo un prelado á Annecy, fué un viernes por la noche á su cuarto á avisarle que la cena estaba pronta. «¡La cena! le contestó su huesped, »yo no ceno hoy; lo menos que se debe ayunar es una vez »en la semana.» Francisco al punto le hizo llevar la colacion á su cuarto y fué á cenar con sus capellanes, los

(1) *Tratado del amor de Dios*, lib. XII, cap. XIII.

(2) Carta CDXVII.

(3) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. XIII, sec. XIV.

(4) Idem, p. IV, sec. VIII.

que le contaron que aquel Obispo estaba tan apegado á sus ejercicios de piedad y á sus ayunos que no dejaba nunca ninguno, cualesquiera que fuesen los que le vinieran á visitar. Al día siguiente el santo prelado, hablando de este hecho con el Obispo de Belley: «Mirad, le dijo, no se debe estar tan asido á las propias prácticas, aun las más piadosas, que no se las interrumpa algunas veces; de otro modo, bajo pretexto de fidelidad, se desliza en ellas un amor propio muy refinado. El ayuno de un viernes interrumpido, hubiera ocultado otros muchos; en estos casos se puede trasladar el ayuno á otro día, ó si no reemplazarlo con la condescendencia, que es hija de la caridad y debe serle preferida.» (1)

Francisco se abstenía igualmente de estos ayunos voluntarios, cuando veía que su salud podía padecer con ellos: «Porque, decía, Dios ha ordenado que tratemos nuestros cuerpos como requiere su debilidad; que los consideremos como pobres enfermos, con caridad y paciencia; y este ejercicio no es menos meritorio, porque mortifica el corazón y el ánimo. Si el cumplimiento de nuestros deberes nos procura alguna enfermedad ó abrevia nuestra vida, se debe bendecir á Dios por ello y sufrirlo con gusto; pero sin embargo de esto, el respeto á la Providencia y la caridad con nosotros mismos nos obligan á abstenernos de las penitencias que arruinan la salud, porque así como es una delicadeza que nos asemeja á las mujeres el ser demasiado tiernos con nuestra salud, sería también una dureza que se asemejaría algo á la barbarie, el despreciarla completamente..... Así como el espíritu no puede soportar el cuerpo cuando está demasiado grueso, así el cuerpo no puede soportar al espíritu cuando es demasiado delgado, debiéndose tratar al cuerpo como se haría con un hijo, al cual se corrige pero sin destruirle.»

«Un día, dice Mr. de Belley, viendo que yo ayunaba

(1) Dep. de la santa Madre Chantal, art. 28, p. 76.

»con frecuencia, me preguntó si el ayuno me costaba mucho, y le contesté que no tenía casi nunca apetito, y que, »cuando me ponía á la mesa, era casi siempre sin ganas »de comer.—Entonces no ayuneis más, me dijo.—¿Y por »qué, padre mío, estando el ayuno recomendado en la »grada Escritura?—Sí, dijo, pero lo está para los que tienen mejor apetito que vos. Haced alguna obra buena, y »mortificad vuestro cuerpo de otro modo.» (1) En conformidad con estas máximas, y advertido algún tiempo antes de su muerte, por la debilidad de su estómago y su falta de fuerzas, de la necesidad de moderar sus austeridades, se conformó con lo que exigía su salud.

Indiferente, por lo demás, á toda suerte de alimentos, nunca encontraba nada que decir, cualquiera que aquel fuese y de cualquier modo que le fuese presentado; pues todo era de su gusto, ya frío, ya caliente, ya salado, ya insípido. Comía lo que le presentaban sin hacer nunca la menor observación, y recomendaba á los demás la misma práctica, diciendo que se debía tener gran respeto á aquellas palabras de nuestro Señor, *comed lo que os presentan*. Comer indiferentemente de todo sin ninguna elección, es, decía, la mejor mortificación, pues de este modo se tiene la ventaja de ocultar á los hombres la propia austeridad, y sin embargo, no es pequeña la de acomodarse á lo que no guste y la de rehusar lo que se desea (2). Habiéndole un día servido un plato de huevos escalfados nadando en agua, continuó mojando, después de haber comido los huevos, su pan en el plato, en el que solo quedaba el agua, y cuando se lo hicieron notar: «Habeis hecho »mal, contestó, en descubrirme mi error, porque gracias »á mi apetito, no he comido nunca una salsa con más gusto que esta; tan cierto es el proverbio de que: No hay »mejor salsa que el apetito.» (3) Otra vez le sirvieron por

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. IV, sec. IX.

(2) *Idem*, p. IV, sec. XXVIII; p. XVI, sec. XXVII.

(3) *Idem*, p. IV, sec. XIX.

descuido un huevo podrido, pero él lo comió sin decir nada, y cuando le manifestaron su sentimiento por esta falta: «¡Los hemos comido tantas veces buenos! contestó »dulcemente, que no hay razon para que no los comamos malos, si Dios permite que nos sean presentados (1). »No tomar lo que os sirven, decia, y hacer eleccion de los »manjares, es mostrar un espíritu preocupado con los »manjares y las salsas; comer lo que es bueno sin complacerse en ello, lo que es malo sin manifestar disgusto, y »mostrarse tan indiferente en lo uno como en lo otro, eso »constituye la verdadera mortificacion.»

No bebia sino muy poco vino y este mezclado con bastante agua; no comia comunmente sino manjares ordinarios, dando por razon, cuando le reconvenian por ello, unas veces que le gustaba ser alimentado como los pobres, otras que tenia un estómago ordinario, que preferia las viandas mas comunes (2). Jamás se servian en su mesa manjares esquisitos y delicados, á no ser que hubiera huéspedes: y si entonces se los presentaban, los hacia pasar discretamente á los que estaban á su lado, ó los dejaba en su plato, para enviarlos á algunos enfermos que pedian sus restos, unos por necesidad, otros, en mayor número, por un sentimiento de devocion. Al hacer la visita pastoral prohibia á los curas y á los monasterios que le sirvieran nada extraordinario, diciendo, que por poco que le dieran era siempre mucho, y que no queria que hicieran gasto por él (3). Si estaba en la mesa de los ricos, se privaba de todo lo mas que podia, sin que se conociera su mortificacion.

«Un dia, dice Mr. de Belley, que le habia servido en »mi mesa un manjar muy delicado, advertí que lo separaba hábilmente en un lado de su plato para comer otro »mas ordinario.—Os cojo *in fraganti*, le dije. ¿Dónde está

(1) Dep. de la santa Madre Chantal.

(2) Idem.

(3) Dep. de Passis.

»ahora el precepto: *Comed lo que os presenten?*—No sabeis, »me contestó, que tengo un estómago de aldeano, que tiene necesidad de viandas sólidas, y que vuestros manjares »delicados no le podrian sostener?—Padre mio, le contesté, esas son excusas vuestras, y con tales industrias ocultas vuestra mortificacion.—Ciertamente, exclamó, no »entiendo de fingimiento y os hablo con toda sinceridad. »Convengo en que mi apetito encuentra mas gusto á los »manjares delicados; pero como nos ponemos á la mesa »para alimentarnos y no para satisfacer la gula; como no »debemos comer sino para vivir, tomo lo que conozco que »me alimenta mas. Seria vivir para comer escoger el alimento segun el gusto de los manjares y de las salsas. »Sin embargo, para que veais que quiero honrar vuestro »plato, tened un poco de paciencia y os daré gusto, y despues de haber echado los cimientos á la comida con estos »alimentos mas sustanciosos, los cubriré con las delicadezas que me servís.» (1)

Tan mortificado en todo lo demás como en su alimento, evitaba con gran cuidado todo lo que podia resentirse de la sensualidad y del lujo; tomaba sencillamente los vestidos que le daban sus criados, sin preferir unos á otros; y cuando fué á la abadía del Sixt, rehusó las sábanas finas y delicadas que habian ido á buscar á dos leguas de distancia, y se hizo poner las ordinarias que usaba la comunidad (2). No se calentaba casi nunca, y soportaba alegremente los mayores frios, igualmente que los mayores calores. En sus viajes desafiaba á las lluvias, á la nieve, á los vientos y las injurias de la intemperie; y cuando llegaba á las posadas sufría sin quejarse nunca los malos alojamientos, los malos alimentos y la carencia de las cosas necesarias, repitiendo graciosamente su espresion favorita: «Nunca estoy mejor que cuando no estoy bien.»

Dormia poco, no perdía nunca el tiempo, y no conocia

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. V, sec. V.

(2) Dep. de Zoenos.

el juego ni el aburrimento. Nunca se recreaba sino cuando la condescendencia con el deseo de los demás ó con las órdenes del médico le obligaban á ello; pero aun entonces era tan afectuoso y amable con los otros, como severo consigo mismo. «Cuando iba á visitarle, refiere Mr. de Belley (1), tenia cuidado de divertirme despues del trabajo »de la predicacion, llevándome él mismo á pasear en una »barca por el hermoso lago de Annecy, ó por los hermosos »jardines que se encuentran en sus agradables riveras; y »cuando venia á verme á Belley, no rehusaba otras semejantes diversiones á que yo le invitaba, pero nunca las »pedia ni iba á ellas por sí mismo.» Si algunas veces por motivo de su salud iba á pasearse al campo, utilizaba su paseo hablando con los aldeanos que encontraba, entrando en sus cabañas, y recibiendo con un aire satisfecho lo que le ofrecia su hospitalaria sencillez.

Con frecuencia se aplicaba la disciplina hasta derramar sangre (2), considerando que no se compra demasiado cara á este precio la castidad. «Esa noble virtud, decia, »que conserva á nuestras almas blancas como las azucenas, »puras como el sol, que consagra nuestros cuerpos, nos da »la facilidad de ser todos de Dios, y nos permite decir á »nuestro Señor: mi corazon y mi carne se estremecen de »alegría en vuestra bondad, por la cual renuncio á todo »otro placer.» Pero tenia gran cuidado en hacer esta mortificacion en secreto, escogiendo, para castigar así duramente su cuerpo, la noche, cuando no creia ser oido, y ocultando tan bien su disciplina durante el dia, que no lo descubrieron hasta despues de su muerte. Su mismo ayuda de cámara no tuvo de ella mas que sospechas, fundadas en el agua rojiza por la sangre que encontró en el fondo de la palangana de su amo, que habia lavado en ella el instrumento ensangrentado (3).

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. IV, sec. XXVI.

(2) Dep. de la santa Madre Chantal, art. 28 y 77.

(3) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. IV, sec. XXI.

Esta mortificacion, por austera que parezca, era sin embargo inferior á otra que se habia impuesto, y que consistia en conservar constantemente todo su exterior en esa modestia, decencia y decoro tan perfecto de que hemos hablado ya; y era sobre todo inferior á su mortificacion interior, verdadero martirio por el cual inmolaba todo el hombre á Dios. Daba el primer lugar en su estimacion á esta última mortificacion, que encierra el sacrificio del espíritu y del juicio, de la voluntad y del amor propio; y acostumbraba á decir que una onza de este vale mas que muchas libras de aquella (1). Deseando una hermana de la Visitacion hacer muchas mortificaciones corporales: «Con- »tentaos, le dijo, con las mortificaciones que están encerradas en la exacta observancia de la regla. El demonio »nada desea tanto como abatir el cuerpo para inhabilitarlo »para los ejercicios regulares, y hay cierta presuncion en »querer caminar á la perfeccion por otro camino que las »compañeras. La divina Providencia os proporcionará suficientes ocasiones de mortificaros si sois fiel en abrazar- »las, y debeis estar solo pronta para seguir los movimientos del espíritu de Dios;» (2) cuyo consejo se aplicaba tambien á sí mismo.

Mortificaba su espíritu prohibiéndole toda clase de vanas imaginaciones, de pensamientos inútiles ó estraños que hacen perder el tiempo, disipan el alma, hacen mirar con disgusto el trabajo y las cosas serias, ponen en peligro la virtud, y son origen de mil distracciones en la oracion, como tambien de mil obstáculos en el servicio de Dios; y lo que hemos dicho de su recogimiento habitual, es una prueba de ello bien notable.

Mortificaba su juicio, evitando la tenacidad en sus ideas y la obstinacion en sus sentimientos. Era una cosa singular que siempre preferia el juicio de los demás al suyo propio, á no ser que se tratara de materias, en las

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. XV, s. X; p. XVII, sec. XXII.

(2) Vida de la Madre Ana Margarita Clement.

que debia como Obispo decidir y hablar; en cuyo caso tomaba el partido que consideraba mejor; y firme entonces é inalterable como una roca, no sabia ceder.

Mortificaba su voluntad, doblegándola constantemente á lo que creia ser el beneplácito de Dios y el orden de la Providencia, sin hacer ningun caso de sus gustos ni de sus repugnancias, de sus deseos ni de sus aversiones. Recibir todos los dias gran número de cartas, algunas de las cuales eran de doce á quince páginas y con frecuencia muy dificiles de leer, sujetándose á contestar á todas, y cuando decian que se tomaba demasiado trabajo, «qué importa, contestaba, mientras hago eso, no estoy obligado á hacer otra cosa.» (1) Toda su vida, nota un autor contemporáneo (2), era un ejercicio continuo de obediencia, conformándose con ardor á los menores deseos de sus superiores, que eran en el orden eclesiástico el Papa, el Nuncio de Turin, el Arzobispo de Viena su metropolitano; y en el orden civil, el Duque de Saboya. Condescendia con una deferencia mas tierna tambien con la voluntad, no solo de sus iguales los Obispos, con quienes se encontraba en relaciones, sino hasta con sus inferiores y domésticos, siempre que el deber y la prudencia se lo permitian; siendo cosa que llenaba de admiracion ver cómo se dejaba conducir por estos últimos en las cosas indiferentes.

«Todos los dias, escribia á la santa Madre Chantal (3), aprendo á no hacer mi voluntad y á hacer lo que no quiero....» y en esta inmolacion continua de su propia voluntad, en esta renuncia de los deseos, aún los mas naturales, era en lo que el santo Obispo colocaba toda la virtud. «Poco importa al demonio, escribia á una de sus penitentas (4), que desgareis vuestro cuerpo, con tal que hagais vuestra propia voluntad; porque no teme la

(1) Juan de San Francisco, p. 432.

(2) El P. la Riviere, p. 430 y sig.

(3) Carta DCCVII.—*Espiritu de San Francisco de Sales*, p. III, s. XLVII.

(4) Carta CDXCVIII.—*Espiritu de San Francisco de Sales*, p. XVII, s. VIII.

«austeridad sino la obediencia, y ninguna austeridad vale tanto como el sacrificio de vuestra voluntad siempre sumisa y continuamente obediente.... ¡Oh! cuántos y cuántas que ayunaron se perdieron, pero obedientes ni uno solo. El miserable Fariseo ayunaba dos veces á la semana, y se perdió; el publicano no habia ayunado, y fue justificado (1). La obediencia es todo delante de Dios.... No deseais ser otra cosa que lo que sois, pues ¿de qué sirve edificar castillos en el aire si hemos de vivir en la tierra?... (2) Por lo que á mí toca no conozco mas que el cántico del cordero, que algunos quizás encontrarán un poco triste, pero que es armonioso y dulce para el corazón: *Padre mio, que se haga no como yo quiero, sino como vos lo querais*. ¡Oh, que siempre nuestros corazones esten unidos al suyo y nuestras voluntades á su beneplácito.» (3)

Mas fiel aún en mortificar sus inclinaciones y su carácter, consideraba este punto como el sello de la verdadera virtud, y acostumbraba decir, que sin la mortificacion que muda el carácter y doblega las inclinaciones, «se puede ser muy devoto y muy malo: muy devoto si se ora mucho, si se hacen los ejercicios de piedad, si se tiene fe, misericordia, paciencia; y muy malo, si con todo eso se conserva orgullo, envidia, odio y otros vicios semejantes.»

En fin, no mortificaba menos enérgicamente este amor propio que lleva á buscarse á sí mismo en todas las cosas, y á huir todo lo que molesta, á satisfacer los propios gustos y á retroceder ante las repugnancias. Él mismo nos dice que hizo una guerra continua á las inclinaciones desarregladas de su corazón y á su vivacidad natural, hasta que lo logró. «Tengo, decia con su ingénuo candor, dos pasiones que me ha costado mucho destruir; á saber,

(1) El P. la Riviere, p. 581.

(2) Carta DCCLXXX—*Espiritu de San Francisco de Sales*, p. XV, s. XXV.

(3) *Espiritu de San Francisco de Sales*, p. XVIII, sec. VII.

»el amor y la cólera.» Triunfó del amor cambiando de objeto y dirigiéndolo enteramente á Dios; triunfó de la cólera *sujetando su corazon con las dos manos*, como decia algunas veces, para contener la impetuosidad de su carácter (1); y esto fué lo que le valió tantas gracias, conforme á su máxima favorita, «que el que mortifica mas sus inclinaciones naturales, atrae mas las inspiraciones sobrenaturales.» (2) «Largo tiempo, dice la santa Madre Chantal, tuvo que luchar con sus pasiones, pero á fuerza de generosidad las venció de tal suerte, que le obedecian como esclavas, y al fin no se reconocia de ellas casi ninguna huella.» Dios habia ordenado tan bien todas sus inclinaciones segun la razon y la ley del Evangelio, que no hacia ninguna accion que no estuviera acompañada de alguna virtud cristiana, y habia limpiado tan perfectamente su corazon de todo afecto terreno, que pudo decir con verdad (3). «Yo quiero pocas cosas; lo que quiero, lo quiero muy poco; no tengo casi deseos, y si volviera á nacer no tendria ninguno. Si Dios viniera á mí, iria tambien á Él; si no venia, me mantendria allí, sin pedir ni rehusar nada, sin entretenerme con ningun deseo, sino queriendo lo que Dios quiere.»

Esta era la doctrina que el santo Obispo inculcaba con mas frecuencia á sus amadas hijas de la Visitacion. «Es preciso, les decia (4), renunciar á todo, primero á los bienes exteriores, como las casas y propiedades, los parientes, amigos y conocidos; luego los bienes del cuerpo, como la salud, la hermosura, las comodidades y los gozces de los sentidos; despues á los bienes imaginarios que dependen de la opinion de otros, y se llaman gloria, honor, reputacion; y por último á los bienes del corazon, que son los consuelos espirituales. Es preciso entregar

(1) *Espiritu de San Francisco de Sales*, p. V, s. XXIX.

(2) *Idem*, p. X, s. I.

(3) Conferencia XXI.

(4) *Idem* III.

»todo eso en manos de Nuestro Señor, para que disponga de ello como le agrade, y servirle con estos bienes igualmente que sin ellos; y estas renunciaciones se deben hacer, no por desprecio, sino solo por abandono en el puro amor de Dios. Jamás, decia, se llegará á la perfeccion mientras se tenga algun afecto por pequeño que sea á alguna imperfeccion, aunque no sea mas que un pensamiento inutil; y no se puede creer cuánto mal causa eso á un alma.... Nuestros afectos son preciosos siempre que sean todos empleados en amar á Dios, y así es preciso cuidar de no emplearlos en cosas inútiles; y una falta, por pequeña que sea, hecha con afecto, es mas contraria á la perfeccion que otras ciento hechas por sorpresa y sin tanto afecto.»

CAPITULO XVII.

Su paciencia.

Muy diferente de los hombres del mundo, Francisco de Sales tenia su dicha en el sufrimiento. «Su fin, decia, es casi el único bien que podemos hacer en este mundo; porque rara vez hacemos algun bien en que no mezelemos algun mal. Además, nuestro Señor nunca está mas cerca de nosotros que cuando sufrimos con paciencia por su amor; vela por nosotros cuando reposamos en paz sobre su seno, y nos hace sacar ventaja de nuestras tribulaciones.... Bienaventurados los crucificados! (1) Una onza de sufrimiento vale mas que una libra de accion (2). Debemos con frecuencia inmolar nuestro corazon á el amor de Jesus en el altar mismo de la cruz, en la que Él inmola el suyo por nuestro amor. La cruz es la puerta real por don-

(1) Dep. de la Santa Madre Chantal, art. 31.—*Espiritu de San Francisco de Sales*, p. XII, s. I.

(2) Carta DCCVII.—*Espiritu de San Francisco de Sales*, p. XV, s. XVIII.